



José Moreno Villa, *Retrato de Adolfo Salazar*, 1951  
Colección de Arte de la Residencia de Estudiantes, Madrid

# ADOLFO SALAZAR

EPISTOLARIO  
1912 - 1958



*Edición de*  
CONSUELO CARREDANO

FUNDACIÓN SCHERZO / PUBLICACIONES DE LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES  
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA

Este libro ha sido coeditado por



con la colaboración de



y es resultado del proyecto

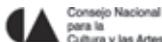


desarrollado por la FUNDACIÓN FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS y la RESIDENCIA DE ESTUDIANTES,  
y financiado por el MINISTERIO DE CIENCIA E INNOVACIÓN

La edición de este volumen forma parte del proyecto *Memoria de la Edad de Plata en la Sociedad del Conocimiento*, financiado por los Ministerios de Ciencia e Innovación; Educación, Política Social y Deporte; Industria, Turismo y Comercio; Cultura, y Asuntos Exteriores y Cooperación



Este libro ha sido posible gracias al proyecto de investigación financiado por el Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Musical de México



Director de la colección: José-Carlos Mainer • Diseño de la colección: Montse Lago • Coordinación editorial: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes • Corrección de textos: Ana Martín • Maquetación: Myriam López Consalvi • Impresión: Julio Soto • Encuadernación: Hermanos Ramos

© de la introducción y las notas: Consuelo Carredano © de los textos de Adolfo Salazar: Herederos de Adolfo Salazar © de los textos de Ezra Pound: 2008 by Mary de Rachewiltz and Omar S. Pound. Used by permission of New Directions Publishing Corporation © del resto de los textos que componen este epistolario: los titulares de los mismos.

Aunque se ha hecho una búsqueda minuciosa para localizar a los titulares de derechos, en algunos casos no ha sido posible, por lo que en caso de que aparezcan se procederá a formalizar con ellos la misma autorización de publicación que se ha establecido con los demás. Asimismo, los editores piden disculpas por cualquier error u omisión, que quedará subsanado en siguientes ediciones.

© de esta edición: Amigos de la Residencia de Estudiantes/Fundación Scherzo/Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música, 2008.

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —incluyendo la reprografía, el tratamiento informático o cualquier otro procedimiento presente o futuro—, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright y de la Residencia de Estudiantes.

ISBN: 978-84-95078-64-3 • Depósito Legal: M-51763-2008 • NIPO: 556-08-c54-X

# ÍNDICE

## Introducción

CONSUELO CARREDANO

IX

## Nota a la edición

XXXVII

## Advertencia al lector

XLIX

## Epistolario

EN LA VIEJA EUROPA (1912-1937)

3

DESDE EL NUEVO MUNDO (1937-1939)

329

AL FIN MÉXICO (1939-1940)

399

ENTRE EL COLEGIO DE MÉXICO  
Y HARVARD UNIVERSITY (1941-1949)

517

MÉXICO (1950-1958)

745

## Índice cronológico de cartas

893

## Procedencia de las cartas

919

## Bibliografía de Adolfo Salazar

945

## Bibliografía

949

## Perfiles biográficos

961

## Índice onomástico

1007

## Agradecimientos

1044

PROYECTO EPÍSTOLA

1046



## INTRODUCCIÓN





## ADOLFO SALAZAR EN SU CORRESPONDENCIA

### I LA VIDA EN ESPAÑA (1912-1937)

Recordaba Luis Cernuda la siempre deliciosa conversación de Adolfo Salazar (Madrid, 1890-Ciudad de México, 1958); «más de una vez, al oírle contar cosas que vivió o le acaecieron» le pidió que escribiera sus memorias: «De haberlas escrito —diría el poeta—, hubiesen sido libro sin igual entre nosotros, por el poder que en él había de evocar lugares y gentes (y de ambos tuvo conocimiento largo y vivido) de manera sugerente».<sup>1</sup>

No sabemos si Salazar consideró escribir esas memorias que sin duda iluminarían algunos pasajes de su vida. Lo evidente es que no dejó una historia documental de sus libros ni una confesión profesional, como hicieron otros

<sup>1</sup> Luis Cernuda, «Adolfo Salazar» en *Poesía y literatura II*, Barcelona, Seix Barral, 1975, págs. 396-398.

intelectuales del exilio republicano español. Quizás por ello, el lector interesado en conocer algo más sobre su vida, su labor o su entorno encontrará oportuna la recopilación de todas estas cartas. El epistolario de un autor, si bien constituye un elemento parcial en el tejido de su biografía, es a la vez un fragmento de su propia obra y un documento para conocer mejor su agenda profesional.

Cerca de trescientas de las cartas aquí reunidas las escribió Salazar a una larga lista de destinatarios; el resto, con excepción de unas cuantas de terceras personas en las que él mismo constituye el tema central, le fueron enviadas por corresponsales de diversas nacionalidades entre los que se cuentan artistas, poetas, intelectuales, compositores, musicólogos, historiadores, folkloristas, hispanistas, intérpretes, coreógrafos, bailarines, funcionarios culturales, editores, bibliotecarios, libreros... De ahí que este texto, además de revelar datos interesantes de su vida profesional y personal (que no íntima), pueda ofrecer información igualmente valiosa sobre las personas a quienes trató y sobre la etapa histórica que compartieron.

Con todo, debemos admitir que esta correspondencia refleja sólo parcialmente esas relaciones: no ha sido posible documentar los intercambios de Salazar con otros actores de la cultura europea y americana. Al margen de las incontables cartas que sabemos perdidas, el hecho de que en su periodo español buen número de corresponsales residieran en Madrid, al igual que él, no propició un tráfico epistolar más abundante. Eso mismo explica, por otro lado, la copiosa correspondencia cruzada con Manuel de Falla, que se conserva en el importante Archivo Manuel de Falla de Granada. El compositor vivió en esa ciudad desde 1920; desde ahí escribió a Salazar y recibió de él gran parte de ese acervo de cartas que, por razones que explicaremos después, será recogido en una edición posterior.

Se podrá observar también que la correspondencia aquí reunida no resulta lo suficientemente prolija en debates estéticos, si consideramos la profundidad con la que Salazar abordó esos temas en su obra. Tampoco abundan los comentarios en materia política. Aunque se definía a sí mismo como «apolítico», algunos artículos y párrafos en su producción hemerográfica desmienten su presunto desinterés. Si bien repudia el fascismo europeo y la sublevación militar del 36, no deja de sorprender, por otra parte, que en ninguna de sus cartas aluda al proyecto cultural republicano. Ni siquiera la música del periodo está mejor reseñada. Dificilmente se encontrará más de una referencia a la Primera Junta Nacional de la Música y Teatros Líricos, desde la que se proyectaba articular las actividades durante la Segunda República y en cuya formulación se involucró Salazar, que además actuó como secretario. No sobra decir que esto contrasta con la atención que le dedicó al tema en otros textos.

Los márgenes cronológicos en la primera parte de este trabajo señalan, por un lado, el inicio de su desempeño como crítico y, por otro, su ausencia de España, meses después de iniciada la guerra civil. La primera carta nos habla, en efecto, de la invitación turnada por una prestigiosa revista inglesa para publicar sus notas sobre actualidad musical española. Salazar tenía apenas veintidós años. El dato, sin embargo, no indica que las cosas se le hubiesen dado con demasiada facilidad. No al menos desde el punto de vista personal. Huérfano de padre, y siguiendo su ejemplo, a los trece años se vio precisado a conseguir una plaza en Correos y Telégrafos. Ese trabajo, ya se comprenderá, no colmaba sus aspiraciones, pero contribuía al sostenimiento de la minúscula familia que formaban él y su madre, una profesora de instituto.

No deja de ser curioso, sin embargo, que quien, como él, amaba el arte y la historia y aspiraba a convertirse en músico y escritor, gastase la mayor parte de su jornada en un entorno tan ajeno. Sólo las horas invertidas en las peñas de los cafés con música o en la biblioteca del Ateneo le restituían la fe en su vocación por las humanidades. La experiencia de su primera visita a París en los meses previos a la Primera Guerra Mundial fue también esencial para él: las vanguardias, los Ballets Russes, Debussy, Ravel, Stravinsky... y la obra de Manuel de Falla, que, tras un largo periodo en el mismo París, regresaba al país a causa de la guerra europea. La nueva presencia de Falla en España alentó las vocaciones de buen número de músicos. Para Salazar, su reencuentro con el aclamado compositor constituyó, sin duda, el estímulo espiritual que necesitaba para reconducir su carrera.

Da inicio entonces un periodo de actividad febril para nuestro crítico, que concluirá sólo al desatarse el conflicto español en el verano de 1936. Muy joven aprendió a conciliar las obligaciones laborales con su vocación. Por la mañana cumplía como funcionario de Correos, donde escaló posiciones hasta alcanzar la dirección de la Biblioteca de Telecomunicaciones, lo que sin duda lo acercó más a sus verdaderos intereses. Las tardes las ocupaba en otras cosas. Por un tiempo coordinaba las actividades musicales del Ateneo en compañía de ese personaje vinculado a los altos círculos políticos y musicales que fue Miguel Salvador; asistía a conciertos y representaciones de ópera para escribir sus críticas y, cuando los compromisos lo permitían, dedicaba algún tiempo a la composición. Preparaba además los programas para la Sociedad Nacional de Música (1915-1922), desde la que estableció vínculos con otras sociedades europeas de conciertos de música nueva. Todo esto le procuró un lugar

especial en el medio e importantes relaciones fuera de España, lo que también explica su creciente participación en congresos, comités y jurados de música locales e internacionales, sin olvidar sus siempre exitosas presentaciones como conferenciante. Precisamente aquí se registra la invitación para dictar su primera conferencia en la madrileña Asociación de Profesores de Orquesta. Desde entonces se habló de la amenidad de su charla y de sus afortunadas excursiones hacia temas alejados de la música. No falta entre los que asistieron a sus maduras conferencias en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México quien confirme la idea de un Salazar erudito, de la estirpe de los Menéndez Pidal o los Henríquez Ureña.

Pero volvamos al desarrollo de su carrera como crítico, iniciada casi adolescente al publicar notas a conciertos y reseñas bibliográficas en revistas hoy olvidadas. Más tarde se haría colaborador en las sólidas *Arte Musical* y *Revista Musical Hispano-Americana (RMHA)*, cuya dirección compartió en un tiempo con su destacado colega Rogelio del Villar. Su desempeño en este sentido, conviene precisarlo, crecería en paralelo a la voluntaria asimilación de su compromiso con la divulgación de la obra de Manuel de Falla y, con ella, de las nuevas escuelas francesas. Esto señaló más allá de todo afecto estético su propia acción cultural.

Sus primeros artículos de fondo se ubican alrededor de 1918, cuando asume la crítica musical como misión de vida y confiesa su absoluta adhesión a Falla. En ambas tareas puso todo su empeño. Es probable, no obstante, que el peso del compositor en sus decisiones y en la realización de su obra fuera tan grande que en ciertos momentos se sintiera abrumado. En carta a Óscar Esplá de septiembre de 1916 advertimos la preocupación de Salazar por el poco tiempo del que

disponía para escribir su propia música y porque le era imposible comprender los consejos de composición que le daba quien entonces era su maestro: «Falla me dijo llanamente que después de las dos o tres últimas cosas que le había llevado se convencía de que no entendía mi manera de entender la tonalidad y el ritmo y que se reconocía incapaz de hacer un análisis de esas últimas cosas. Lo cual me asombró hasta el límite porque el cuarteto lo hice con ánimo de seguir su consejo de hacer una obra sencilla y creí que todo era llano como la palma de la mano y luego *tableau!*».

No obstante, en esos años el mismo Falla lo animaba a componer y supervisaba sus obras (en cierto momento llegó incluso a reclamarle el envío de una partitura prometida). Quizás Salazar fue demasiado severo con su propio trabajo. Antes de dar a imprenta una primera obra —como nos confirma un editor inglés— destruyó buen número de partituras que a su juicio no merecían conservarse. Aun en momentos de apogeo vocacional compuso poco y, para ser sinceros, rara vez lo percibimos satisfecho en ese sentido. Pese a ello, todavía al iniciarse los años treinta aspiraba a construir una obra musical. ¿Cómo explicarnos entonces su paulatino alejamiento de la composición, peor aún, su abandono definitivo?

A veces la profusión de intereses y la destreza para ejercer varias disciplinas lejos de favorecer a algunos artistas les ocasionan una cierta dispersión. Es evidente que por un tiempo la literatura interesó a Salazar tanto como la música. El panorama español de los veinte y treinta le reservó un sitio como escritor y crítico literario e incluso como poeta. No hay más que evocar sus prosas vanguardistas (*haikus*) en *Índice* o su participación en la ultraísta *Grecia*, donde experimentaba con la grafía de las nuevas tendencias en sus

curiosas «Targetas» [sic]. En *Revista de Occidente*, *La Gaceta Literaria*, *La Pluma*, *Reflector*... aparecían sus trabajos entre los de escritores y poetas del momento. También en Madrid realizó un destacado trabajo editorial. Hemos aludido antes a la *Revista Musical Hispano-Americana* y conviene recordar su labor en *Hora de España* (que pronto abandonará por desencuentros ideológicos con los demás editores) y en la memorable *España*, al lado de Juan Ramón Jiménez, de lo que dan cuenta algunas de sus cartas a García Lorca. Recuperamos aquí, además, otra faceta suya menos recordada: la de traductor. Por sus cartas con el teórico inglés Eaglefield-Hull sabemos de sus acuerdos para traducir al español el manual *Modern Harmony*, del que después apareció en México una segunda edición, corregida y aumentada por el propio Salazar.

Lo que le ha deparado en la España contemporánea un mayor reconocimiento es su larga campaña como crítico en *El Sol* (1918-1936). A sus habituales colaboraciones varios días de la semana (en algunas épocas fueron diarias y en otras hasta más de dos) habría que agregar la redacción de *folletones*, gacetillas, reseñas de libros de literatura, arte, historia, filosofía, política... y, hacia sus últimos años, una novedosa sección dedicada a ediciones fonográficas. En su larga etapa en *El Sol* escribió sobre música y literatura e hizo todo lo que puede hacerse en un periódico: «Desde la confección hasta los editoriales», de acuerdo con lo que diría más tarde en carta a Carlos Chávez.

En un lapso relativamente breve Salazar se volvió paradigma de la crítica musical, un reconocimiento que venía aun de sus adversarios. Como era el caso del crítico Julio Gómez, con quien sostuvo acaloradas polémicas en distintas épocas de su vida en España, algunas de las cuales se ventilan en esta

correspondencia. A principios de los años veinte empezó a reconocerse su trabajo en Europa: primero en Francia e Inglaterra; después en Italia y Alemania. En Hispanoamérica dieron en reproducirse algunos artículos y críticas y, como un presagio, el primero de sus libros apareció en México. Abundan en estas cartas testimonios parecidos al que ofrece Jesús Bal y Gay en su nota luctuosa:

En él teníamos los jóvenes que entonces íbamos para músicos el guía necesario. Al día siguiente de cada concierto en la Comedia o en Price —pongamos por caso— buscábamos con avidez la crítica de Salazar, al igual que lo hacíamos al día siguiente de una conferencia de don José Ortega y Gasset o de Paul Valéry en la Residencia de Estudiantes.

Es de suponer que fue en este activo centro cultural donde Salazar estrechó vínculos con los artistas y escritores del 27. Bastan unas cuantas cartas para entender su intensa relación con figuras como Federico García Lorca y Gerardo Diego, con quien solía intercambiar impresiones sobre música y poesía. En abril de 1920, Gerardo Diego le agradecía el envío de sus *Trois préludes pour le piano*. Más adelante, el mismo poeta le solicita una opinión sobre su trabajo: «Es una pena que no podamos charlar de todo esto; a mí me interesaría ver qué grado de musicalidad, esto es, de poesía, he conseguido por ese camino reflejo comparándole con el obtenido por el libre vuelo creacionista», le escribe. Según se infiere, el poeta quería que Salazar pusiera música a sus poemas: «Espero con impaciencia sus fórmulas musicales *d'après* Rosa Mística y San Juan; supongo que en éste le habrían interesado más los motivos que su desarrollo», le dice, conociendo sus preferencias.

Algunos estudiosos piensan que la relación de Salazar con García Lorca fue la de un hermano mayor. Cuando en 1921 Lorca publicó su primer libro de poemas, Salazar se deshizo en elogios pero no se reservó algunas observaciones. Lo formulado en su artículo «Un poeta nuevo: Federico García Lorca» (*El Sol*, 30 de julio de 1921) debió de recibirlo el poeta de manera deportiva: su propia autocrítica superaba con mucho la de Salazar, según le confiesa. En ese tiempo, Lorca le hizo cómplice de sus ímpetus andalucistas y de sus progresos musicales. Como se constata en sus cartas, el poeta derrochaba entusiasmo por el universo andaluz y el arte flamenco, pero también por el mismo Salazar: «Sobre todo cuando oigo cantar, te recuerdo en pleamar acelerador. Por todas partes cantan, ¡y qué cantos! Cada día me convenzo más y más de lo maravilloso que es este país. Si estuvieras aquí conmigo estarías girando como una peonza para ver los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo», le escribía exaltado.

En este epistolario algunos intercambios nos remiten a personajes importantes en la vida de Salazar. Alfonso Reyes es la primera referencia mexicana y también la última. Aunque en distintos momentos vivieron en las mismas ciudades (el Madrid de los años diez y la Ciudad de México de los cuarenta y cincuenta), mantuvieron una relación epistolar intermitente, algo formal, no obstante cálida y provista de breves intercambios eruditos, sobre todo en los años de la gestión de Reyes como presidente de la Casa de España y de El Colegio de México. En los distintos viajes de Salazar a Estados Unidos, y en el único desplazamiento que hizo a Europa desde el exilio (1949), el crítico comunica a Reyes las dificultades con que tropieza en su trabajo. Si bien se permite reflexiones obsequiosas sobre la importancia que él mismo atribuye a su obra musicológica, no faltan comentarios pesa-

rosos que rara vez exterioriza con otros corresponsales, de no ser con Falla o con su muy querido Ernesto Halffter.

Hacia el final de los años diez, Salazar estableció comunicación con hispanistas de renombre. Encontramos cartas con Roland-Manuel y Georges Jean-Aubry, quien a sugerencia suya tradujo algunos poemas de García Lorca. Francis de Miomandre, del *Mercure de France*, le invita a escribir sobre las presentaciones en España de los Ballets Russes. Se ofrece aquí también una breve pero atractiva correspondencia con el musicólogo estadounidense Kurt Schindler, con el escritor británico John B. Trend —a cuyos trabajos prestó atención Salazar en sus críticas— y con el pianista Ricardo Viñes, gracias a la cual conocemos más detalles de su doble compromiso por difundir la música francesa en España y la española en Francia, así como sus interesantes esfuerzos para llevar a España a Debussy, un proyecto sólo truncado por la muerte del compositor.

Cuando en 1922 Salazar obtuvo la beca de la Junta para Ampliación de Estudios y emprendió una gira de varios meses por Europa, acababa de ser nombrado, en sustitución de Felipe Pedrell, miembro del Comité Directivo de la Sociedad Internacional para la Música Contemporánea (SIMC). Según parece, Salazar arregló todo para que su viaje coincidiera con la asamblea de La Haya, celebrada ese año. Por sus cartas nos enteramos de que solicitó al mismo Trend las señas de notables músicos alemanes: Schoenberg, Pfitzner, Schenker... A través de Wanda Landowska haría un primer contacto con Alfred Einstein, quien a vuelta de correo le expresaba el gusto que le daría conocerlo.

Otras cartas nos permiten considerar su autoría en «voces» españolas del *Dunstan's Cyclopaedic Dictionary of Music* y del *Handbuch der Musikgeschichte* de Guido Adler en las que no apa-

rece su firma. Se han podido localizar artículos dispersos en publicaciones periódicas, que su archivo no registra al día de hoy, y detectar su participación, esto ya durante el exilio, en programas radiofónicos de apreciación musical, a más de una insólita aparición en la vieja televisión mexicana para hablar de vinos. En los breves mensajes a León Sánchez Cuesta, el librero predilecto de la generación del 27, descubrimos algunas lecturas que interesaron a Salazar en su etapa española. Constatamos así su multiplicidad de intereses y su afición a las revistas extranjeras, a los libros de poesía y a los diccionarios novedosos. Se conserva también la carta de Salazar a un viejo librero londinense solicitándole materiales *raros*. En México, la compra de libros y de discos es un tema también presente en su correspondencia con autoridades y funcionarios de El Colegio de México y con los editores del Fondo de Cultura Económica (FCE), lo que brinda una nueva posibilidad para acercarse a sus hábitos literarios en los últimos años, cuando vivía entregado a la redacción de su obra histórica.

Especial atención merecen las cartas cruzadas con Ernesto Halffter, a quien presentó con Falla y cuya carrera musical promovió por todos los medios a su alcance. Es bien sabido que Salazar nunca ocultó su predilección por el más joven de los dos hermanos músicos. No sólo se propuso divulgar la obra de quien considerara el maestro español por antonomasia, como señalábamos antes. Salazar se empeñó en fomentar lo que creyó debería constituirse en la *escuela* de Falla. Por eso ceñiría toda su atención hacia Ernesto y unos cuantos jóvenes que para él representaban lo mejor. Ésta fue una entre otras razones que le llevaron a enemistarse con otros protagonistas activos de la música española.

En mayo de 1928 sus cartas alcanzan a Ernesto Halffter en París, adonde, recién casado con la pianista portuguesa Alicia

Camara, se había desplazado para preparar el estreno de una obra. Aun en la distancia, Salazar intenta orientar su carrera. Se mantiene al tanto de la marcha de sus composiciones; se ocupa de cobrar sus regalías en la Sociedad de Autores, le exhorta a solicitar becas y apoyos, a enviar sus obras a quien pueda tocarlas, le habla de lo oportuno que sería un traslado a Alemania, convencido de que ya París no ofrecía entonces suficientes atractivos para desarrollar su carrera como compositor y director de orquesta. Más tarde, cambiaría de opinión y lo abruma con nuevos consejos: dejar Lisboa, donde el matrimonio Halffter pasó los años de la guerra y los primeros de la posguerra, y probar suerte en Estados Unidos o en la Argentina porque son «los únicos lugares que tienen dinero».

## II LOS AÑOS EN EL EXILIO (1937-1958)

La guerra civil sorprendió a Salazar en plena actividad. En mayo del 36, el Gobierno de Manuel Azaña todavía alcanzó a nombrarlo delegado de los teatros de la Ópera y María Guerrero, aunque de su desempeño, si es que hubiera tenido tiempo para algo, nada conocemos a través de sus cartas. Entre el 10 de julio de 1936 y el 21 de marzo de 1937 se desconoce por completo su paradero en España. Se ha dicho que huyó de Madrid en cuanto tuvo noticia del asesinato de García Lorca. Suponemos que por simple precaución Salazar debió de mantenerse durante esos meses en un segundo plano. Quizás también optó por no conservar sus cartas, si es que las hubiese recibido y esto en caso de que alguien se

mantuviera informado sobre su ubicación. Sólo gracias a la reciente publicación de una carta suya a Luis Cernuda —incluida por James Valender en el *Epistolario* del poeta, editado por esta misma casa— comprobamos que Salazar pasó por Valencia en marzo de 1937. A partir de noviembre del mismo año, lo poco que sabemos de él es gracias a las cartas que envió a Carlos Chávez desde La Habana (enero de 1938). Después, y hasta su llegada a Estados Unidos, por las que escribió a Pedro Salinas y posteriormente a Jesús Bal y Gay, Gustavo Durán y, especialmente, a Ernesto Halffter, a quien, una vez establecido en México, daría más detalles del camino del exilio.

Su salida de España devino también otro motivo de polémica entre quienes decidieron quedarse y luchar hasta el final por la República. Salazar se había hecho con no pocos enemigos, algunos incluso ya adheridos al bando que después triunfó. Y eso aumentaba el riesgo para él. Por los buenos contactos que conservaba con políticos republicanos pudo encontrar la fórmula para salir del país hacia París (otros intelectuales antes que él siguieron el mismo camino). Hay quien asegura que se hizo cargo de los Archives Espagnoles y visitó desde allí algunas capitales europeas como conferenciante de arte español. Óscar Esplá diría más tarde haberse encontrado con él en Bruselas, antes de que el crítico embarcara con destino a Cuba en el otoño de 1937.

Tras varios meses de residencia en La Habana y una corta estancia en Puerto Rico para ofrecer conferencias, lo encontramos en la Embajada española en Washington. A principios de 1938 asumía las tareas de agregado cultural en sustitución de Fernando Montesinos y ocupaba sus ratos libres en investigar en las bibliotecas, contactar con músicos y editores o frecuentar a viejos amigos españoles. Eventualmente participa

en reuniones con otros musicólogos y, en el verano del 38, ofrece un curso de música tradicional española en la Spanish School de Middlebury (sus cartas a Pedro Salinas proporcionan valiosa información sobre toda esta etapa).

Antes de despejarse para él el horizonte mexicano, Salazar pensó en marcharse algún tiempo a Buenos Aires, donde Alfonso Reyes, su antiguo amigo, cumplía una misión diplomática. Cuando éste recibe la carta de Salazar (carta que lamentablemente no ha podido localizarse), acababa de dar por concluida su estancia en Argentina y se disponía a volver a México. No obstante lo anima a consultar primero a Carlos Chávez y después a Eduardo Villaseñor la posibilidad de encontrar algún trabajo fijo que le permitiera pasar un tiempo en México, dependiendo de los acontecimientos en España. Aunque el compositor mexicano se mostraba dispuesto a brindarle su apoyo, el asunto no prosperó. A Villaseñor, en cambio, que se ocupaba en esos momentos de gestionar el traslado al país del primer grupo de intelectuales españoles exiliados, no le resultó difícil incluir a Salazar en esa lista de invitados que trabajarían en el marco de la Casa de España. La correspondencia hilvanada a partir de entonces, y por espacio de nueve meses, entre Salazar y Daniel Cosío Villegas, secretario de la nueva institución, resulta un episodio apasionante en este recuento. En su ágil comunicación discuten planes de trabajo, la compra de discografía y equipo de grabación, materiales al fin que deberán servir a Salazar para sus cursos y conferencias (e incluso a las investigaciones folklóricas de Jesús Bal y Gay, para entonces ya incorporado a la misma Casa de España). Pero el crítico aplaza una y otra vez la fecha de su viaje y con ello el inicio de sus tareas académicas en México. En realidad no quería desentenderse de la responsabilidad contraída con el emba-

jador Fernando de los Ríos. Eran momentos críticos para la guerra: se había llamado a filas a numerosos funcionarios de la República y la propia Embajada española había tenido que prescindir de algunos colaboradores. Pero Salazar tenía más razones para prolongar su estancia: deseaba fervientemente completar las investigaciones emprendidas en las bibliotecas de Washington y Nueva York. El verse liberado del diario compromiso de escribir sus críticas y de asistir a los conciertos, cual era su obligación en Madrid, le había permitido concentrarse en esa actividad que siempre postergó, según diría tantas veces, por exceso de ocupaciones.

Solucionada la situación en la Embajada, Salazar pudo emprender el viaje y desembarcar en Veracruz el 9 de marzo de 1939. La acogida que se le dio en medios culturales de la Ciudad de México fue bastante cálida. Varias notas en los diarios saludaban el arribo del «enorme intelectual»; aquí se destaca también una nutrida recepción en el Ateneo Musical Mexicano. Carlos Chávez hace las veces de anfitrión musical, como antes lo haría con Bal y Gay y después con Rodolfo Halffter. Poco más adelante, Salazar confiaba a Ernesto Halffter: «Me hice muy amigo de Carlos Prieto».

Desde el primer momento se vuelca en el trabajo: ofrece cursos, cursillos, conferencias y propone un plan de publicaciones para la Casa de España cuyo primer fruto, *Música y sociedad en el siglo XX*, se concreta el mismo año de su llegada. A finales de 1940 confía a Reyes sus deseos de «comenzar una investigación que deje huella en nuestra musicología». Así, surgen en años sucesivos nuevos títulos hasta alcanzar las dos docenas de libros producidos para la Casa de España, El Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica, la Orquesta Sinfónica de México, la editorial Losada de Buenos Aires, Espasa-Calpe... Pese a lo expresado en

carta a Bal desde Washington —en el sentido de pretender dedicarle tiempo completo a sus investigaciones—, Salazar sucumbió a la tentación y retomó la crítica en los periódicos. Tenía suficientes razones para hacerlo. Por un lado, las económicas. Son de sobra conocidas las recurrentes crisis económicas que padecieron en su día ambas instituciones. Al igual que otros miembros de la Casa y de El Colegio cuyos contratos de trabajo estaban sujetos a renovaciones anuales, Salazar vio varias veces disminuido su salario. Al margen de esto, habría que considerar lo estimulante que resultaría para alguien habituado a tomar el pulso cotidiano a la música la animada actividad cultural —y musical— de la capital mexicana de finales de los años treinta y principios de los cuarenta. Salazar no ocultaba, por otra parte, su entusiasmo por el proyecto de Carlos Chávez. Como es bien sabido, la orquesta del músico de hierro era un blanco constante para los ásperos ataques de la prensa musical y requería de todo el apoyo que pudieran brindarle sus simpatizantes, cuanto más si, como era el caso, éste provenía de personajes de alto rango.

Primero pasó a formar parte de los redactores de *El Universal*, en donde despertó la admiración de los lectores pero incomodó a sus colegas. La enconada polémica con quienes se sintieron desplazados por el crítico «advenedizo» culminó con su cese fulminante del periódico (según se desprende de las cartas cruzadas con Salomón Kahan y de la que envía a Gerónimo Baqueiro Fóster). Casi inmediatamente entró a formar parte de las filas de *Excelsior* y más adelante de *Novedades*, en el que también sería colaborador permanente en el recordado suplemento cultural de Fernando Benítez. Podría decirse que en los casi veinte años que Salazar vivió en México publicó prácticamente en todas las revistas musicales, en muchas culturales y en algunas literarias.

Aunque el tiempo se encargó de desengañarlos, Salazar compartía con otros refugiados españoles la idea de un exilio no demasiado prolongado. Aun así, tuvo intención de llevar a su madre a México. El cese de relaciones diplomáticas entre los dos países complicó la posibilidad de obtener permisos de salida hacia México. Se esperaba, pues, que doña Juana viajase primero a Lisboa, donde residían Alicia y Ernesto Halffter, y que desde allí emprendiera el viaje a América. Pero denegaron su pasaporte. La intolerancia del nuevo régimen y, en particular, del ministro Serrano Súñer, cuya firma apareció en el documento, fueron responsables. A esto habría que agregar la absoluta falta de discreción con que tanto Salazar como su madre se condujeron en sus cartas a los Halffter. Sin la menor malicia, madre e hijo insistían una y otra vez sobre cosas que hacían pensar no ya en un inocente viaje de paseo a Lisboa, sino en un traslado definitivo a América. Atenta a todo movimiento, la censura española debió de percatarse de sus verdaderas intenciones y desbarató sus planes. Todas esas diligencias fallidas a las que aluden reiteradamente en su correspondencia —procesos de tramitación de visado y pasaporte, preparación de equipajes, recuperación de alhajas de familia depositadas en la caja de algún banco, reclamo de libros y otras pertenencias de Salazar— aparecen casi obsesivamente en la extensa correspondencia generada en esos meses y ponen al descubierto detalles poco conocidos de la vida de Salazar. La pena de saber muerta a su madre en la distancia, así como la idea culposa de su abandono, provocó en Salazar un estado anímico poco habitual en él y, por lo demás, rara vez mostrado en su correspondencia. En la primavera de 1940 confesaba a Ernesto Halffter su dolor: «Ahora siento cómo todo el viejo mundo, mi vieja vida se han perdido para mí; cómo se han cortado las amarras con la vida

de otro tiempo y cómo ando como un globo perdido, al ras del viento. Ahora sé lo que es ser un vagabundo, sin patria ni hogar ni familia».

Un deseo de Salazar, compartido por otros exiliados, consistía en recuperar lo más pronto posible su biblioteca y sus documentos de trabajo. Salazar lo consiguió mucho después de lo que habría deseado. Aunque desconocemos los detalles de la mudanza, lo cierto es que primero solicitó la intervención de la Casa de España, que, en casos similares, consiguió ayudar a otros refugiados con la ayuda del Gobierno mexicano y, a través de éste, de diplomáticos en España de países hispanoamericanos que mantenían relaciones con el franquismo. Aquí se incluye una discreta carta de Reyes al embajador de Perú (octubre de 1939) en la que, para no *comprometer* al Gobierno peruano, el escritor sugiere al funcionario de esa embajada en Madrid que proceda a examinar toda la documentación para cerciorarse de que se trata solamente de cosas de «alta cultura» que a nadie pueden resultar sospechosas.

Se colige que aquellos primeros intentos resultaron infructuosos. En agosto de 1940, Salazar gestionaba, por otro lado, los permisos necesarios para que viajara a México la empleada doméstica que había servido durante cuarenta años a la familia, quien, vía La Habana, llevaría consigo todo su acervo. Al parecer esto último tampoco ocurrió. Creemos, pues, que a la larga, en fecha imprecisa pero posterior a 1945, las gestiones diplomáticas consiguieron la encomienda. Según reconocía Salazar, sólo recibió las dos terceras partes de su biblioteca y algunos papeles sueltos. Hoy podríamos corroborar que los documentos relativos a sus cargos en España no llegaron entre éstos, como tampoco otros trabajos en preparación y sin duda muchísimas de sus viejas cartas. Desde Lisboa, al

matrimonio Halffter le preocupaba la suerte que pudiera correr en Madrid la biblioteca de Salazar. Como sabe su hijo Manuel Halffter por su padre, y puede leerse en las propias cartas, en ella había documentos, partituras y objetos que pertenecían a Ernesto Halffter, papeles que, por lo demás, nunca recuperó y que a la fecha tampoco se encuentran en el legado mexicano de Salazar. El mismo Salazar lo cuenta: al abrir en México los cajones en que venían sus libros, encontró algunos de Ernesto Halffter y «... rellenando algunos huecos —diría— venían papeles; en seguida vi que se trataba de cartas del maestro Falla, cuya escritura saltaba a la vista». A punto de viajar a Estados Unidos, Salazar metió aquellos documentos en una caja y pidió a las personas en cuyo depósito se encontraban los hicieran llegar a Rodolfo Halffter, a quien advirtió del envío. A su regreso a México, meses después, el compositor le aseguró no haberlo recibido. Así, esos tesoros guardados por Ernesto Halffter con tanta veneración se perdieron irremisiblemente. ¿Qué otras mermas sufrieron la biblioteca y el archivo de Salazar desde que su madre dejó la casa de Goya, 89 para marcharse a Benidorm a pasar la guerra y, a la muerte de ésta, en el posterior traslado del acervo, primero a la casa del guitarrista Regino Sainz de la Maza y después a un guardamuebles hasta que, finalmente, mucho después llegara a manos de su propietario? Tal vez nunca lo sabremos.

En cambio, Salazar sí nos entera en sus cartas de cómo disfrutó en un tiempo del estilo de vida mexicano y de lo mejor de la alta cocina del país. Como todo buen gastrónomo, la echaba de menos en sus viajes por Estados Unidos: «En todas partes la *chicken salad* tiene apio»; «guárdenme chiles en nogada para cuando vuelva». Según variaba su estado de ánimo ya podía deleitarse o, en su caso, renegar del clima más

bien templado (muchas veces le parecía monótono). Le agradaban, eso sí, las noches frescas de la Ciudad de México en la que vivía de forma sencilla —«casi recluso», dirá—, entregado a la redacción de sus artículos y conferencias y a la preparación de sus libros, «de no ser por algunas salidas a conciertos, al cine o a comidas con amigos. (...) Mi casa —escribe a Gustavo Durán— la he llenado según mi mal gusto barroco, que conoces, de cachivaches, libros, sillones, tapicitos del país, máscaras, telas bordadas, un armonium (no tengo dinero para traer un piano, que habría de ser “minix” porque otro no cabe), plantas de grandes hojas y rosas frescas. Y tan contento, dentro de lo posible. Veo a tres o cuatro viejos amigos españoles y otros tantos nuevos amigos mexicanos. Y se acabó mi historia».

Aunque su adaptación parecía perfecta, en distintos momentos Salazar se plantea la posibilidad de cambiar su lugar de residencia: piensa primero en Colombia o en la Argentina; más tarde consulta con Virgil Thomson la oportunidad de conseguir trabajo en alguna universidad de Estados Unidos. En 1943, se quejaba con Ernesto Halffter:

[...] sigo alternativamente bien y mal de salud; a veces con achaques que duran meses, quizás a causa de la mucha altura de este clima. Me vitaminizan con inyecciones y me repongo. Me mordió un perro, al parecer rabioso, como las personas de estos tiempos, y esto también me dio bastante que hacer. Pero yo no rabio por nada. Sigo trabajando bastante. He publicado aquí nueve libros, alguno de más de 500 páginas, pero creo que no llegan a Europa.

Son abundantes en esta correspondencia las referencias a su relación con la Casa de España y El Colegio de México,

donde fue uno de los pocos refugiados que pertenecieron a la institución hasta el final de su vida. Por sus puntuales informes conocemos el avance de sus proyectos y su asombrosa capacidad para el trabajo académico. Mientras realizaba su magno proyecto *Teoría y práctica de la música a través de la historia*, de la que sólo alcanzó a publicar el primer tomo dedicado a la música en Grecia y algunos capítulos del segundo, acometía un libro sobre Bach para conmemorar el segundo centenario de su nacimiento. Pero al mismo tiempo traducía para el Fondo de Cultura Económica el estudio biográfico de Johann Nicolaus Forkel sobre el mismo compositor, un libro emblemático para la musicología moderna.

Buena parte del desarrollo de *La música en la cultura griega*, primer volumen del ya citado proyecto, ha quedado reflejado en la correspondencia de esos años. A Salazar la sola investigación le costó un esfuerzo enorme; no conocía el idioma y tuvo que seguir el texto griego a partir de las traducciones del latín, el inglés, el francés y el alemán, que de por sí, como él mismo admitía, son temas de discusión entre heleñistas. Se propuso obtener una versión nueva, propia, en cierto modo parafrástica, según explicará él mismo. La obra demoró más de lo esperado sólo por la abundancia de materias que surgieron tras sus «investigaciones trashumantes» en las bibliotecas y archivos europeos y en sus viajes a las bibliotecas norteamericanas donde hizo la «investigación sedentaria». La confusión de Salazar, como él mismo explica a Reyes, crecía conforme los datos aumentaban y «el poder entenderme yo antes de hacerlo entender al lector me ha costado muchos meses de desvelos e inquietudes». En realidad la obra le dejó «un cierto regusto amargo», porque alguna vez creyó seriamente que sería imposible completarla. A estas dificultades habría que añadir la demora que una vez termina-

do el trabajo sufrió en la imprenta, pues no había entre los correctores del Fondo o los especialistas en literatura griega de El Colegio de México quien pudiera, o quisiera, hacerse cargo de la revisión de un original tan confuso como el que Salazar, aseguran quienes tuvieron acceso al manuscrito, entregó a la editorial.<sup>2</sup> Frente a tal demora, no sin buen humor, escribirá a Reyes: «Más que de griegos, esto se ha convertido en una obra de romanos».

En otras cartas al mismo Reyes y a Cosío Villegas se percibe en Salazar cierta autocomplacencia por la obra que desarrolla para la institución, ya en su faceta de maestro y divulgador ya como escritor de musicología histórica. A Salazar, como a muchos refugiados, no sólo le interesaba recompensar con su esfuerzo la oportunidad que se le brindaba. De los resultados positivos dependía en buena medida su permanencia en la institución, es decir, la seguridad de un salario, por modesto que fuera. De ahí la vehemencia en los informes a sus superiores. Sólo se queja de la pasmosa lentitud de las editoras mexicanas y el retraso con que aparecen sus obras.

En cuanto a la idea de volver a España —una ilusión que muchos refugiados alimentaron en su largo exilio—, aunque sabemos que llegó a encargar a algún amigo que explorara la posibilidad de recobrar su antigua plaza en Correos ninguna de sus cartas registra algo al respecto. Al cuestionamiento de Ernesto Halffter, respondía: «Me preguntas si no he pensado en la posibilidad de mi regreso: no hay un solo día, o mejor, una sola noche que deje de pensarlo. Pero por el momento no cabe hacer otra cosa sino pensar. Ya van muchos

<sup>2</sup> El filólogo Antonio Alatorre entre ellos. Comunicación del propio Antonio Alatorre, México D. F., junio de 2003.

años de ausencia: casi diez que, en nuestras condiciones, son como treinta, de manera que cuando me veas te encontrarás con un viejo». En 1949, desde París, le anuncia a Reyes su intención de llegar hasta Hendaya «para ver desde el otro lado del río las montañas de mi infancia».

Por lo demás, apenas se observan en sus años de exilio acercamientos epistolares con la cultura en España. Acaso un par de cartas con Higinio Anglés, pilar de la musicología de la posguerra, a quien tuvo ocasión de visitar durante su viaje a Italia. Fue precisamente el sacerdote catalán quien promovió la publicación de los primeros artículos de Salazar aparecidos en la *Dictadura* y quien lo llamase a ocupar un lugar honorario en el Instituto Español de Musicología de Barcelona. Ha salido también a la luz la iniciativa de Salazar para impulsar el estreno en México del *Concierto de Aranjuez* de Rodrigo, obra cumbre de la música española durante el régimen de Franco.

Muy iluminadora resulta su correspondencia con Carlos Chávez, cuyo soporte material haría posible la realización de algunos trabajos (Chávez subvencionó desde su más alta tribuna política algunos de sus viajes de investigación). Con el mismo Chávez y otros músicos —los mexicanos Blas Galindo, José Pablo Moncayo y Luis Sandi y los también exiliados españoles Rodolfo Halffter y Jesús Bal y Gay—, Salazar compartió créditos en el célebre grupo *Nuestra Música*. Ellos crearon la revista *Nuestra Música* (1946-1953), establecieron las Ediciones Mexicanas de Música, A. C. y, por un tiempo, organizaron los *Conciertos de los Lunes* dedicados a la música contemporánea. Unas cuantas cartas recogidas aquí ventilan aspectos de orden interno de esta sociedad, así como un interesante conflicto político-musical que condujo a la eventual renuncia de

Chávez a aquella asociación civil sin fines lucrativos, renuncia que coincidió, por cierto, con el término de su gestión como primer director del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) (1946-1952), de quien recibía el grupo la más importante ayuda económica.

La primera alusión a la enfermedad incurable de Salazar queda apenas esbozada en una breve carta de Reyes a Salazar fechada en noviembre de 1954, poco después de aparecido el volumen dedicado a la música griega. Se percibe en el fiel amigo una cierta preocupación por su salud: «Aunque nos encantará recibir su segundo volumen, le aconsejo que trabaje lo menos posible», le suplica el escritor. Más adelante, por Higinio Anglés nos enteramos del avanzado deterioro de su salud. En una afectuosa carta fechada el 2 de junio de 1955, le diría el musicólogo: «Comprendo su enfermedad, es que ha trabajado demasiado, sin darse cuenta [de] que el hombre es muy limitado». Una leve mejoría le permite a Salazar dictar algunos trabajos. En junio de 1955, a través de su amanuense dará a Reyes el nombre de la enfermedad que padece: una arterioesclerosis, que lo obliga a «estar tumbado casi todo el día a fin de que llegue la sangre a donde debe llegar» y que «me vino desprevenido mientras terminaba el segundo volumen de una obra que debía ser monumental y se quedará reducida a su mínima expresión».

Pero Reyes no quiere ver en las palabras de Salazar otra cosa que el signo de una aparente recuperación: «La noticia de que usted va saliendo de ese túnel y recobrándose del todo me llena de alegría». Ya desde su nueva ubicación cercana a la protectora familia Prieto, escribe a Reyes: «Estos aires me sientan bastante bien, pero yo disto mucho de estar aliviado. En ciertas cosas voy mejor y en otras cosas voy peor». En octubre del año siguiente confiesa haber perdido el movimien-

to del brazo derecho y arrastra la pierna. «Mi casa —le diré a su amigo Ernesto Halffter— está en el centro de México, pero Carlos Prieto me ha ofrecido un pabellón cerca de su casa, en Palmas, 50, San Ángel Inn, hasta que no me cure o me muera, que las dos alternativas son posibles».

Salazar dejó de existir el 27 de septiembre de 1958; con él se extinguió una de las mentes más lúcidas de la musicología del siglo XX. Los ahora cincuenta años que nos separan de la fecha son suficientes para intentar una serena revisión de su legado. Es ya el tiempo de examinar sus alcances, reconocer sus limitaciones, aprender de sus errores y celebrar los muchos aciertos que, como los de cualquier ser humano, se vieron reflejados en sus actos y en su obra. Aun así, dos cualidades en Salazar escapan a cualquier cuestionamiento: su fidelidad apasionada a la música y su asombroso ímpetu creador que no conoció límites. Que este testimonio epistolar sirva para arrojar algo de luz en la injusta sombra que durante tantos años lo cubrió.

CONSUELO CARREDANO